

NO TENÍA PECADO

Para que María pueda recibir a Cristo en su seno y en su fe, Dios la preparó totalmente y radicalmente: fue concebida sin pecado.

Privilegio extraordinario para María, pero si Dios "colmó así de gracia a María", fue para que recibiera al mismo tiempo a su Hijo, y nos mostrara lo que teníamos que ser: "santos e irreprochables a sus ojos" (Efesios 1, 4).

Como siempre, no debemos separar a María de su pueblo que Dios preparó desde el principio por medio de los patriarcas y los profetas para que fuese "santo, porque Él es santo" (Levítico 19, 1). Al final, Dios tendrá su última intervención: María es moldeada por Dios "sin pecado"; "le ha puesto los vestidos de la salvación, la ha envuelto en el manto de la justicia" (Isaías 61, 10). María es "la nueva Eva" como dice san Ireneo.

Llena de gracia

El ángel saluda a María, diciéndole: "Alégrate, llena de gracia". El ángel proclama el estado de María. Está habitada por una gracia que no cesa de actuar en ella, que la preserva del pecado de su concepción hasta el final de su vida, en respuesta a su vocación: ha nacido para recibir a Cristo en ella. María no cesa de abrirse a la gracia siempre actuante en ella, no cesa de decir "sí" con todo su ser. Como dice san Juan Damasceno, el cantor de María: "Es el cielo sobre la tierra".

Esta gracia, siempre viva en ella, viene por su Hijo. "Dios, por la concepción inmaculada de la

Virgen María preparó a su Hijo una digna morada, y en previsión de la muerte de su Hijo la preservó de todo pecado." (cf. Oración del 8 de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción).

Para recibir a Cristo

Dios, fuente de toda gracia, hizo todo de cara a su Hijo. "Por él mismo fueron creadas todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra... todo fue creado por él y para él; y él mismo existe antes que todas las cosas, y todas subsisten en él" (Colosenses 1, 16-17). Toda vida humana encuentra en este mundo su fuente y su cumplimiento en Cristo que salva a la humanidad, del primer hombre hasta el último; y es

Cristo quien mereció por su sangre el privilegio de su madre.

Pero enseguida nos hacemos la siguiente pregunta: ¿Por qué María fue concebida sin pecado? ¿Por qué la gracia la colmó? La respuesta es esencial: para recibir a Cristo. María fue concebida sin pecado para recibir al que no tiene pecado y es la fuente de gracia y santidad. En efecto, el Hijo de Dios, haciéndose hombre salvo en el pecado, sin aquello que es constitutivo de la humanidad querida por Dios. No obstante, María forma parte de esta humanidad pura que Dios puede tomar para salvarnos.

Este privilegio de María nos concierne a todos. Porque lo que es desde su concepción, nosotros estamos llamados a serlo también. Como dice San Pablo: "Dios nos ha elegido en Cristo antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables a sus ojos" (Efesios 1, 4). La finalidad de la vida cristiana es la santidad, es decir vivir plenamente con Dios. Lo que hacía decir a Isabel de la Trinidad: "Pacificad mi alma, haced en ella vuestro cielo".

En el camino de la fe

La manera que tuvo María de vivir este privilegio nos va a aclarar.

Primeramente, María no fue dispensada de creer, ella de quien se dice "La que ha creído". Hay que decir más bien que "creyó y comprendió". La vida de Dios en ella -y en nosotros- es siempre como una simiente que crece, como nos dirá Jesús. María no cesó de meditar las maravillas de Dios en su oración: "guardaba todas estas cosas en su corazón" (Lucas 2, 19).

*Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en Cristo
con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales.
Él nos ha elegido en Cristo antes de crear el mundo,
para que fuésemos santos
e irreprochables a sus ojos.
Por puro amor nos ha predestinado
a ser sus hijos adoptivos, por medio de Jesucristo
y conforme al beneplácito de su voluntad,
para hacer resplandecer la gracia maravillosa
que nos ha concedido por medio de su querido Hijo.*

Efesios 1, 3-6